

Reseñas bibliográficas

Lobatón, Fermín (textos); Gutiérrez, Lola y Tamayo, José P. (fotografías) (2021). *Retrato flamenco de un tiempo: Jerez en torno a 1980, entre la bohemia y el escenario*. Cádiz: Servicio de Extensión Universitaria del Vicerrectorado de Cultura de la Universidad de Cádiz.

■ José F. Ortega

Editado en formato bilingüe (español e inglés), con textos de Fermín Lobatón Sánchez de Medina y fotografías de Dolores Gutiérrez Cabral y José Pérez Tamayo, el Servicio de Extensión Universitaria del Vicerrectorado de Cultura de la Universidad de Cádiz ha publicado recientemente esta atractiva y cuidada obra.

José María Pérez Monguió, Vicerrector de Cultura de la Universidad de Cádiz y autor del prólogo, considera que la universidad ha de acercarse al flamenco desde una triple perspectiva: docente, científica y divulgativa. Precisamente a este último fin responde el libro, acometido sin grandes pretensiones científicas pero de agradable y muy recomendable lectura. En palabras de Pérez Monguió, se trata de una obra singular «porque emerge con toda la fuerza de la recreación literaria» de sus textos y «la plasticidad y profundidad de las fotografías» que los acompañan. En esencia, se propone en ella un viaje por los barrios flamencos de Jerez, en los que se asientan familias como los Morao, los Zambo, los Méndez, los Terremoto, los Sordera o los Agujetas.

Articulada en dos secciones, en la primera de ellas (“Jerez, una identidad flamenca”) y a modo de introducción, Fermín Lobatón resume las características del cante, el baile y el toque jerezanos: según Juan de la Plata, más “corto y jondo” el primero; “más recogido” el segundo y “más reposado y profundo” el tercero. Echa de inmediato la vista atrás con la intención de mostrar cómo era Jerez hace 200 años: «circundado por la vieja muralla almohade y un creciente extramuros con asentamientos al este (San Miguel) y al oeste (Santiago)» (p. 18), como se ve, hacen ya acto de presencia los nombres de estos dos emblemáticos barrios jerezanos, intrínsecamente unidos al flamenco, a los que hay que sumar las gañanías, cortijos o casas de labor donde se agrupaban los mozos de labranza en las temporadas de recolección. En medio de unas precarias condiciones de vida, el cante y el baile surgieron como escape, ofreciendo un canal idóneo para expresar el «dolor, el sufrimiento o la fiesta», generando a la par «una conciencia identitaria» entre sus habitantes. Como señala Lobatón, «familias y barrios determinarán distintas musicalidades», configurando un «mapa rico en colores y variado en acentos» (p. 24). Y alude, como es lógico, a dos de los grandes mitos históricos del flamenco jerezano: Antonio Chacón y Manuel Torres.

Pero es en la segunda sección del libro (“El pequeño gran universo de unas fotografías”) donde se encuentra lo más sustancial del mismo, ya anticipado en el título. En efecto, se esboza en ella una suerte de retablo –ilustrado con numerosas y hermosísimas fotografías– compuesto por los artistas jerezanos que asomaban allá por los años 80 del pasado siglo: algunos se consagraron, otros tuvieron una fugaz vida sobre los escenarios, pero entre todos fortalecieron los cimientos que hacen de la hermosa ciudad andaluza un referente ineludible del flamenco.

El libro –que se cierra con una “Discografía recomendada”, encabezada por el mítico álbum *Canta Jerez* (1967)– está presidido, como decíamos, por un claro afán divulgativo; no tiene, por tanto, grandes pretensiones, pero es ameno, clarificador y de fácil lectura, y va acompañado, además, por unas bellísimas y plásticas fotografías en blanco y negro que recrean con detalle y

acierto el ambiente y los artistas que lo hicieron posible y que marcaron una época irreplicable del flamenco jerezano.

